

Aquella manía de atarte los zapatos

Rocío Díaz Gómez

VI Premio “Relatos con zapatos”

Y en aquel momento supe que habías sido tú. Por ese detalle tan corriente. Y lo supe con una certeza tal que aunque no te hubiera reconocido con esa barba y esas greñas que llevabas en la rueda de reconocimiento, no me habría ni temblado la voz al señalarte. “Ese, ese fue...”. “Ese, ese fue uno de los que me atracaron. Ese, señor, ese fue”. Cuánto me dolió reconocerte. Fueron los zapatos.

Muchos años antes, cuando llegué a aquel pueblo remoto entre las montañas, tú ibas a cumplir tres años. Aunque aún yo no te conocía. Yo era tan joven entonces, tenía tanta ilusión en mi nuevo trabajo, en mi nueva vida que me sentía capaz de todo. Estaba sobrada de energía, de buenas intenciones y de un cargamento de libros que me pesaban lo que nadie sabe en la enorme maleta que a duras penas podía arrastrar camino de las viejas escuelas. Muchos años antes de aquella rueda de reconocimiento yo estaba llegando al que sería mi nuevo hogar.

Allí me esperaba Doña Amelia para darme la bienvenida y traspasarme “todos sus poderes” como maestra. Aún recuerdo ese día, con qué cariño me abrazó, y qué lágrimas no podía evitar dejar caer de aquellos ojos blanquecinos como tizas que si ya apenas veían, como iban a alcanzarle para poder corregir con ellos. “Algún día –me dijo- algún día tú también le dejarás tu lugar a otra y sentirás lo que yo siento... Espero que estés tan orgullosa del trabajo que has hecho como yo me siento hoy”. Ahora que estoy a punto de jubilarme cuánto me acuerdo de ella... Pero entonces yo lo único que quería era comenzar a ser maestra. Lo único que quería era demostrarle a ella, al pueblo, al mundo entero que era capaz de llevar la escuela de aquel lugar. Porque iba a ser una única clase, una única clase donde iban a caber todos los críos de los alrededores, tuvieran la edad que tuvieran.

No llevaba yo ni una semana en el pueblo dando clase cuando una mañana apareció tu madre contigo de la mano. Nunca has sido ningún hombretón. Así que imagínate con tres años lo que podías abultar... Mi maleta era más ancha y alta que tú. Eras delgado y poca cosa, muy moreno, con mucho pelo y unos ojos grandes que apenas te cabían en la cara que tenías. “Mire doña Irene...” A mí aquello de que me llamaran doña Irene todavía me sonaba demasiado rimbombante y severo... “Irene, Irene por favor” “No, por Dios como voy yo a tutearla a usted...” dijo tu madre. “Pues

tuteándome, así mismo, con el Irene a secas... si somos de la misma edad...” “Ya pero usted es una señorita de la capital y yo...” “Pues tú una de provincias...” contesté yo rápidamente y tuteando a tu madre para animarla a que lo hiciera ella también conmigo. Pero ni por esas porque continuó como si tal cosa: “Bueno pues doña Irene, es que yo le venía a traer a mi Manolito, que ya sé que es muy chico aún para venir a la escuela, pero mire lo pequeño que es y siempre le tengo acatarrado, si no le importa, aquí está más calentito que con nosotros que tenemos que faenar y andar con el ganado todo el día monte arriba, monte abajo... además es callado y muy despierto y aprende rápido ya lo va a ver usted...” “¿Pero y tú cuántos años tienes Manolito?” te pregunté yo enseguida porque la verdad es que parecías diminuto medio agachado en el suelo intentando agarrarte los cordones de unos zapatitos remendados poco más grandes que un dedal... Tú madre te estiró entonces para arriba tirando de tu brazo y mirándome, todavía recuerdo como me contestaste, con esa lengua de trapo y seguramente tal y como te había repetido tu madre todo el camino desde tu casa hasta la escuela: “Tes doña Rene” “Doña Ire-ne” te corrigió tu madre... “¿Y como te llamas?” “Maito Cia Tés” contestaste de nuevo con tu media lengua pero de carrerilla. “Manolito García Cortés” me tradujo tu madre... No pude evitar levantarte en brazos para mirarte bien esos ojos grandes y despiertos que tenías. “¿Te vas a portar bien?” “Mu ben” contestaste tú tan serio que me hiciste sonreír. “Venga mujer, le dije entonces a tu madre, vete tranquila que claro que puede quedarse...” “Muchas gracias doña Irene, muchas gracias, es listo, ya lo verá, que no es porque sea mío, que lo sé bien, que éste es el quinto ya, y veo que me ha salido muy listo...”

Casi veinte años después tu madre volvería a aparecer en mi puerta para hablar de ti. Para que velara por ti. Quién me lo hubiera dicho a mí, aquella mañana que la vi alejarse después de dejarte conmigo.

El quinto ya... había dicho al hablarme de ti. Si me hubiera valido me hubiera persignado de la impresión que me dio escucharla. El quinto... Pobre madre tuya cómo se cargó de hijos tan joven como era. Pero tampoco era raro por aquel entonces... Y en algo tenía razón, mucha, mucha razón, porque eras listo, muy listo. Las cogías al vuelo... Todo lo que no tenías de alto y grande lo tenías de espabilado y rápido de mente. Aprendiste a leer y a escribir, recién cumplidos los tres años. Con cuatro ya dominabas las cuatro reglas. Parecía mentira. Con una vez que me sentara contigo a

enseñarte, aprovechabas el rato más que ninguno... El resto te venía de escuchar y escuchar a los demás.

"El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santander..." Y como los tenía de todas las edades te empapabas más que bien de todas las materias escolares, de aritmética y de geografía, de historia y de religión... De todo te aprovechabas y todo germinaba en ti, que eras la mejor tierra que abonar dentro de aquella clase. "El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santander; pasa por Logroño y Zaragoza..."

Manolito García Cortés mi mejor alumno, siempre pensaba yo. Porque pronto me di cuenta y pronto quise que aprendieras más, que aprendieras todo lo que fueras capaz de retener. Porque como muy bien había dicho tu madre eras muy listo.

Como tenía chicos de todas las edades los había colocado por grupos, y tenía que repartirme un poco de tiempo con cada uno para ir enseñándoles lo que tocara. En las épocas en que más niños tenía, a los más pequeños les dejaba con alguno de los mayores, porque ellos se podían ocupar bien de enseñarles a escribir y a leer. Pero a ti tuve que dejarte que fueras rotando de grupo a mi lado. Solo con escuchar tres veces lo mismo ya te sonaba casi de memoria... "El Ebro nace en Fontibre, provincia de Santander; pasa por Logroño y Zaragoza y desemboca por Amposta en la provincia de Tarragonaaa.".

Cuando llegó el buen tiempo comencé a dejaros salir al patio. Y fue ahí cuando advertí aquel gesto tuyo tan característico. Sí. Tú eras el niño más especial de mi clase y yo no podía por menos finalmente que darme cuenta.

Qué gracia me hizo cuando os vi por primera vez colgando de aquella verja que había rodeando todo el perímetro de la escuela. Qué afán por columpiarse, por pendular... Lacios, medio caídos, colgando de esa valla, con vuestras ropas también medio colgando a vuestro alrededor, no sé que más me parecíais si un montón de prendas de ropa mal tendida, o un montón de murciélagos a punto de salir volando... Bueno sí lo sé. Depende de lo guerrero que tuvierais el día y lo harta que me tuvierais, para que me inclinara en mi interior por una u otra opción.

Todos, todos menos tú necesitaban aquella valla. No sé si porque eras más poca cosa que los demás, o porque tu energía se acumulaba dentro de tu cabeza, el caso es que no necesitabas colgarte de aquella barandilla. A ti, en cambio, se te pasaba el rato atándote bien los zapatos. Era curioso.

Cuando estabais en el recreo, a no ser que os pelearais, yo no quería meterme en vuestras conversaciones, ni en vuestros juegos. Era vuestro rato. Pero me gustaba, en cambio, observaros. Aprenderos. Aprender cómo erais en la vida. Cómo os movíais, como hablabais, como os relacionabais cuando ningún mayor estaba delante. Era otra forma de conoceros.

Y contigo no me falló la intuición. Fue gracias a aquella valla, cómo descubrí que lo tuyo no era la acción. No era correr, ni saltar. Supongo que no era cómodo para ti andar sofocado. Porque te sofocabas. Desde niño si te movías mucho te cansabas excesivamente. Nunca fuiste un niño fuerte, ya lo había dicho tu madre que si andabas mucho al aire libre te acatarrabas y acatarrabas... Y bien que ella te conocía. Pero claro de eso dentro de clase yo no me había dado cuenta. Como tampoco me había dado cuenta de que tú sabías que eso te diferenciaba de los demás. Y tú sobre todo siempre habías sido un niño listo. Y de niño, no es cómodo ser diferente, llamar la atención. No es ni cómodo, ni prudente. Los niños son crueles con el más débil... Así que tú compensabas tu debilidad con el ingenio. Y pronto aprendiste que aquello de la valla no era para ti. Demasiado esfuerzo. Y cuando te ponías nervioso, y necesitabas tiempo para pensar cómo ibas a salir de aquello te daba por andar atándote y desatándote los zapatos... eso te tranquilizaba y te dejaba pensar sin exponerte demasiado.

Al tercer recreo que me di cuenta que tú siempre te atabas los zapatos, mientras los demás andaban saltando y colgándose de la barandilla aquella, asocié todo eso. Y no tardé en recordarte aquella primera mañana que te había visto... Hecho un ovillito de carne en el suelo. Cuando te trajo tu madre por primera vez a mí, y aquella clase era nueva, y yo era nueva, y la situación era nueva... todo era tan diferente que tú ya necesitabas entretenerte y tranquilizarte con tus pequeños cordones para enfrentarte a tanta novedad.

Tu gesto. Tu modo de defenderte, de medio esconderte, de parapetarte ante lo que sabías que no iba a ser fácil... Descubrir tu gesto aún te hizo más entrañable para mí. Pero no te lo confesé nunca. Nunca te dije que lo sabía. Era tuyo.

Y año tras año fui viendo como crecías cerca de mí. Como te convertías en un crío menudo, siempre menudo, pero avisado. Aprendías pronto y aprendías bien. No se te volvía a olvidar nada de lo que hubieras aprendido, aunque hiciera tiempo de ello. Tenías mucha memoria y no te costaba asociar conceptos. Eras mi mejor alumno. Me pasaba la vida encargando nuevos libros siempre pensando en ti. Necesitabas más y más páginas. Y a mí aquello me encantaba, era un reto enseñarte, ver como avanzabas, como ibas saltando de una materia a otra sin fallar en ninguna.

Pero no sabía yo que cuando llegara tu adolescencia aquello se iba a terminar. Y no porque tú lo quisieras así, ni yo, sino porque aquella tierra dura, aquella familia tuya con tantas bocas que alimentar, necesitaba cuánto más brazos mejor... Aunque fueran unos brazos delgados y sin fuerza como los tuyos. Eran brazos, al fin y al cabo.

Cuando me lo dijiste fui a hablar con tu madre. Ella te había traído a mí, ella sabía que eras listo, ella lo entendería. Pero ella no mandaba en casa, me dijo. Ella ya había convencido a su marido para que aquello se alargara, y lo había conseguido un par de años, pero ya no dejaba estirar más el tiempo... Tendrías que ponerte a trabajar. Me cansé de decirle que tú valías para mucho más que trabajar la tierra, y cuidar el ganado. Que tú sabías mucho ya, que podías examinarte y tener un trabajo mejor. ¿Dónde? Me preguntó ella. ¿Con qué dinero? Preguntó después. Y yo... hasta le ofrecí el mío, parte de mis ahorros. A mí no me importaba, tú no estabas hecho para estar con las vacas... Pero tu padre nunca lo aceptaría.

Se me partió el corazón la primera mañana que no viniste a la escuela. Y te eché de menos como nunca había echado de menos a ninguno de los otros críos que con el tiempo habían dejado de venir. Pero aquella vida era así. Aquella tierra era así.

De vez en cuando bajabas por la escuela a última hora y yo te prestaba algunos libros... Libros que tú devorabas y me devolvías al cabo de unas cuantas semanas... Pero para mí no era fácil conseguir que me enviaran nuevos libros, llevaba mucho tiempo

que llegara el nuevo material hasta aquel pueblo remoto donde lo de ir a la escuela era importante solo hasta que los chavales tenían edad de trabajar... Con el tiempo fuiste espaciando más y más las visitas hasta que pasaron meses entre una y otra.

Tampoco yo es que estuviera muy sobrada de tiempo y tu casa estaba muy arriba en el monte. No era fácil para mí, entre el mal tiempo y lo accidentado del terreno llegar a ella. Además el tiempo iba pasando para todos y yo también iba cumpliendo años y crecía el número de niños en la escuela y crecían mis ocupaciones para con ellos. Además y por otra parte entendía que ya tú eras un jovencito al que le gustaría en sus ratos libres estar haciendo algo más que leer, como salir a divertirse con amigos o con alguna chica que le gustara... Ya tenías edad para que si necesitabas más libros ya te acercaras tú a por ellos... terminaba siempre por pensar para quitarme mi parte de culpa. Lo peor es que no anduve equivocada. Cuando quisiste libros viniste por ellos.

Desde la última vez llevaba casi un año sin verte. Quería achacarlo a que te habrías echado alguna novieta y no quería darle demasiada importancia. Se había oído por el pueblo que habían robado en algunos pueblos cercanos en casa de gente rica... Siempre uno piensa que eso no va a pasar demasiado cerca. Qué equivocada estaba... Una noche estaba ya durmiendo cuando escuché ruidos por la casa. Me extrañó mucho, pero quise pensar que se había roto por el viento alguna contraventana, y andaba dando golpes... El caso es que me levanté, me eché una bata y fui a mirar... Apenas me dio tiempo a ver mucho. En cuánto me acerqué al comedor, descubrí que tres hombres habían entrado en casa. Uno de ellos, el que parecía llevar la voz cantante, nada más verme me señaló con voz ronca y durante unos segundos me fijé en sus ojos negros y fríos, en sus ojos gélidos fijos en mí... Grité y grité asustada hasta que sentí un fuerte golpe en la cabeza y debí perder el conocimiento porque ya no recordaba más... Horas después cuando desperté, parecía que la cabeza me iba a estallar, y palpándome donde me dolía noté que tenía un pequeño corte... Todo el comedor estaba revuelto y tirado por el suelo.

Esas cosas nunca habían pasado en el pueblo. Y desde luego nunca me había pasado a mí. Ya no era solo el dolor físico, que también, porque tuvieron que darme varios puntos en la cabeza y un horrible dolor en las sienes había decidido desde esa noche quedarse a vivir conmigo. Era también el sentimiento de inseguridad que queda.

Qué frágiles somos, pensaba, te sientes seguro en casa y tranquilo y de pronto una noche puede entrar cualquiera y romperlo todo y llevarse lo que quiera por la fuerza. Faltaban algunas joyas y también parte de los ahorros... Estaba todo tan revuelto que necesitaría de algunos días más para terminar de recordar y valorar lo que me faltaba...

Pasados unos días intenté olvidar el incidente y seguir mi vida. Por las noches iba colocando las cosas despacio, tirando los objetos que al caer se habían roto, qué tristeza, y sobre todo intentando recomponer el orden dentro y fuera de mí. Con el orden eché de menos algunos libros pero pensé que estarían en otro estante, o en algún cajón de la mesa de la escuela... Quise creer que no andarían muy lejos y que como esas cosas que de pronto no encontramos, algún día cuando no los buscara, aparecerían... Y la vida siguió su curso...

Hasta que una tarde me mandaron recado del cuartel de la guardia civil. Habían detenido a unos sospechosos de los últimos robos. Querían que me acercara a ver si podían identificar entre los objetos algunos que hubieran sido míos, y sobre todo para ver si reconocía a alguno de los detenidos... Aquella tarde mandé pronto a los críos a casa y para allí que me fui, con el corazón encogido, deseando que aquello se pasara cuánto antes. No hubiera imaginado nunca lo que iba a encontrar.

Efectivamente allí estaba alguna de mis joyas, como me alegré de volver a encontrarlas... No estaban todas las que había echado en falta, pero sí algunas. Por supuesto no habían encontrado dinero, de esa parte de mis ahorros de toda la vida ya me podía olvidar... Pero quedaba lo peor, ver si reconocía a los detenidos.

Despacio saliendo de una puerta del fondo, lejana, fueron entrando al patio y quedándose a la vista. Ellos no me podían ver a mí, que estaba en una de las ventanas que daba a ese patio. El primero de ellos era un hombre joven, de unos treinta años al que enseguida reconocí como al primer intruso que descubrí en mi comedor aquella noche. Un escalofrío me recorrió al activarse el recuerdo en mi memoria. No dudé en absoluto de que se trataba del mismo sujeto, tenía la misma presencia oscura y amenazadora, esos ojos gélidos que me señalaron, aunque ahora su rostro delataba las marcas del enfrentamiento con los guardias civiles. Después entró un segundo hombre, también magullado. Tenía un aspecto parecido al anterior, corpulento, seguro. Pero yo

no podía decir que le hubiera visto nunca. No sabía si aquella noche había estado en mi casa o no. No lo sabía. Y entonces fue cuando me dijeron que faltaba un tercero... Ya faltaba menos, recuerdo que pensé... Estaba segura de todos modos de que no le reconocería porque solo tenía el recuerdo de un hombre, el primero que había reconocido. Por más que me había esforzado por recordar no creía haber distinguido a nadie más, aunque supiera que estaba porque de espaldas había visto a tres hombres... Fue entonces cuando vi acercarse al tercer sospechoso. Venía despacio, muy despacio, tanto que no acababa de estar lo suficientemente cerca como para distinguirlo bien desde la ventana en la que yo estaba. Era un hombre no muy alto, moreno, de barba cerrada, con el pelo algo más largo de lo que se llevaba entonces. Yo, en ese momento, creía no saber quién era, creía que no le había visto nunca, no me sonaba... Hasta que de pronto te agachaste a atarte los zapatos. Te agachaste. “¿Pero qué hace?” dijo uno de los guardias que estaban conmigo... “¿No lo ves? Se ata los cordones...” dijo otro. “¿Y no puede esperar? ¿Tiene que ser ahora? Qué gentuza... encima se permite hacernos esperar...” Y fue cuando escuché a mi propia voz diciendo: “Está nervioso, lo hace porque está nervioso...” “¿Cómo dice señora? ¿Le reconoce entonces?”.

Porque en aquel momento supe que eras tú. Por ese detalle tan corriente, tan de todos los días, tan vulgar... que en ese momento de nerviosismo solo podías hacer tú. Tú, que sabías que te estarían mirando. Te estarían mirando otros. Y te estaría mirando yo. Eras tú. Y lo supe con una certeza tal que aunque no te hubiera reconocido con esa barba y esas greñas que llevabas en la rueda de reconocimiento, después de casi un año sin verte, no me hubiera ni temblado la voz al señalarte. “Ese, ese fue...”. Ni la voz, ni la conciencia, ni este corazón que siempre te había querido tanto: “Ese, ese fue uno de los que me atracaron. Ese, señor, ese fue”.

Y supe dónde habían ido a parar todos los libros que había ido echando en falta con el destrozo de aquella noche. ¿Pero tanto habías cambiado en ese año que llevaba sin verte que eras capaz de robarme? ¿No eras tan buena persona como yo creía? ¿No habían pesado en tu interior todos esos años que habías crecido a mi lado?

“¿Entonces señora le reconoce?” No tenía las respuestas a tantas preguntas sobre ti como se hacía mi cabeza en ese momento. Pero estaba convencida de que los libros te los habías llevado tú. ¿Pero que hacías tú con esos dos? ¿Venías a por los libros o una

vez que estuviste allí no pudiste por menos que llevártelos? “Sí, contesté yo. Le reconozco”. Pero decidí creer en mi corazón no en mi cabeza. Decidí inclinarme a favor de nuestro pasado. De nuestro ansia, yo por enseñarte y tú por aprender. “¿Estaba entonces en su casa aquella noche?” preguntó otra vez el guardia civil. “Sí, le reconozco, repetí yo, pero no estaba en mi casa aquella noche” afirmé tajantemente aunque en el fondo no lo sabía. Pero lo afirmé, lo afirmé con la certeza que da el cariño y la esperanza. “Le reconozco porque fue mi alumno desde que tenía tres años... No es mal chico, añadí, no lo es...” Porque no podías serlo.

Les pregunté a las autoridades que sería de ti pero no me supieron dar una respuesta concreta. Eras más joven que los otros, y no se sabía que hacías con ellos la noche que os cogieron. Pero aún era demasiado pronto para concluir nada. Consideré que era mejor para todos que yo dejara de preguntar. Y me marché de allí con el corazón encogido.

Al cabo de una semana apareció tu madre en la puerta de mi escuela por segunda vez en nuestra vida. Cuando la vi allí parada, de nuevo, tras casi veinte años, no pude evitar recordar aquella primera vez que te traía de la mano, aquella vez que hecho un ovillito de carne en el suelo te resistías a mirarme... “Puede echarme usted si quiere doña Irene, está en su derecho, pero soy su madre...” fue lo primero que me dijo. “Después de casi veinte años ¿Y aún te tengo que decir que me tutees...?” contesté yo. Y nos abrazamos.

Que dejaras la escuela había sido una equivocación, una terrible equivocación. Sí, la culpa había sido de aquella vida humilde y dura del campo. Pero tu rabia no te había llevado por buen camino. Aquella tarde tu madre y yo hicimos un pacto.

Me costó darme muchos paseos al cuartel de la guardia civil. Muchos paseos acarreado muchos libros. Te hicieron pasar unas semanas terribles pero al final no hubo pruebas definitivas contra ti. Nadie te había reconocido y decidieron que eso junto a tu buena conducta y mi palabra era suficiente para dejarte ir. Tu madre sacó ahorros de media vida de escondites que desconocía tu padre. Ahorros que ella había ido sisando a la economía familiar para algún momento que sus hijos lo pudieran necesitar... Ese momento había llegado. Juntó todo en un montoncito encima de la

mesa y consideró con pena que el montón no era demasiado grande. Aún siendo sisas de muchos años, no creía que bastara. Así que, a sabiendas de que aquello le costaría un disgusto con su marido, cogió uno de los terneros que habían nacido aquel invierno y enfiló montaña abajo con él a venderlo en alguna de las casas ricas de los pueblos de alrededor. Esperaba que algún día aquel hijo, aquel que le había salido más listo, pudiera devolverles el favor a sus hermanos. Algo le decía en su interior que sí, que ella no podía estar equivocada. Por mi parte yo, me comprometí a prepararte a conciencia para que pudieras aprobar los exámenes de ingreso en la universidad. Tendríamos que estudiar mucho después de que se fueron los demás críos a su casa. Mucho. Pero solo hacía falta eso, estudio, tesón, disciplina. Me comprometí también con tu madre a hablar por ti donde hiciera falta. Sí. Aquella tarde tu madre y yo hicimos un pacto.

Ha pasado mucho, mucho tiempo de aquello. Mucho tiempo. Sin embargo esta clase tiene el mismo olor. Ese olor a madera, mezclado con el de las tizas... Ahora son mis ojos los que tienen ya ese mismo color blanquecino. Ese color que un día lejano descubrí en los de doña Amelia. Hoy soy yo, como ayer ella, la que te espero. Y mientras lo hago he ido recordando nuestra historia. La historia de nuestro aprendizaje juntos. El tuyo como alumno y el mío como maestra. Nuestro aprendizaje con el estudio, con el querer saber. Y ha llegado el momento de que te traspase “todos mis poderes” como un día y en este mismo lugar me los traspasaron a mí.

Manuel García Cortés. El nuevo maestro del pueblo. Que orgullo hijo, qué orgullo... Qué pena que ya no te pueda ver tu madre... ¡Ay doña Amelia, cuánto duele sentir lo que usted sintió aquella fría mañana que nos conocimos, cuánto duele! Aunque sea un dolor dulce, el del trabajo bien hecho.

Estoy deseando verte aparecer. Deseando. Pero quiero hacerlo sin que tú me veas. He abierto una de las ventanas que dan al camino. De un momento a otro aparecerás en la lejanía, delgado, poca cosa, moreno y con los ojos grandes y despiertos de quién está dispuesto a darlo todo por un puñado de conocimientos... Ya, ya estás aquí, por fin... “Yaaaa, ya vooyo...” ¿Pero hijo tan mayor y todavía con esa manía de los zapatos?